

## Babel, imágenes de un habla inconclusa

Gabriela Milone (Conicet – UNC)

Una torre en la tierra, un pozo en el cielo: esto es lo que sucedería, quizá, si invertimos Babel. La idea está en el conocido microrrelato de Chesterton (“La pagoda de Babel”), también en Kafka (cuando en sus *Diarios* dice que cavamos la fosa de Babel) y, entre otras menciones, es retomado por Agamben en un ensayo de 1966 (“El pozo de Babel”). A la torre inconclusa le corresponde un pozo sin fondo, un desfondamiento. Dice Agamben (1966: 46):

Después de haber renunciado a edificar la torre que llegue hasta el cielo, los escritores se han puesto a cavar un pozo que llegue al fondo del precipicio del Ser. La época de la torre, del intento de llegar al cielo a través de la obra, ha terminado en la confusión de las lenguas: buscando para la obra un espacio más inmaterial, el escritor cava ahora el pozo de Babel.

Antelo (2014: 95) sostiene que aquí Agamben estaría retomando un motivo de Heidegger, vale decir, la relación de origen entre el artista y la obra: el artista da origen a la obra pero es la obra (aunque en forma de des-obra e inoperancia) la que da origen al artista. Es el *agon* entre *ergon* y *parergon*: la extrema ambigüedad y ambivalencia que la obra genera respecto de la obra: “cuando más cerca se está de expresarla en las palabras, tanto más ella se fuga y no deja más que sus escorias, pero si busca realizarla más allá del *parergon*, se sustrae precipitándolo a un pozo sin fondo” (Agamben, 1966: 42). Vemos así que al invertir la figura de Babel, invocando la imagen del pozo, se convocan problemáticas no tan presentes en las teorizaciones sobre Babel, muchas de las cuales casi exclusivamente versan sobre el problema de la confusión idiomática de las lenguas y el consecuente tormento de la traducción.

Propongámonos pensar, pues, algo quizá menor que el problema de la pluralidad de las lenguas y la singularidad de la obra; algo que no nos arroje de lleno a la heterogeneidad experimentada como irreductible, sino a las ruinas de una materia por reformular. Permitámonos así proyectar la imagen de Babel sobre un habla singular: la poética. Y lo hagamos para imaginar algo diferente a la mera confusión de lenguas: una *alegría babélica del hablar*, con esos sonidos que restan de las ruinas de la supuesta habla única; una alegría fónica de la boca abierta hacia la lengua. Porque si nos corremos del relato del castigo de la confusión de las lenguas y del problema de la traducción, Babel se nos presenta menos como un relato cerrado sobre la construcción fallida de una torre que como una *situación extendida al habla*, en el pozo o cavidad donde el sonido pareciera ser agua y donde hablar se asemeja a nadar. La vinculación hablar-nadar la realiza Heller-Roazen (2008: 147) apoyándose en un aforismo de Kafka: “Puedo nadar como los demás, pero tengo mejor memoria que los demás. No he olvidado que una vez no supe nadar. Pero puesto que no lo he olvidado, ahora mi capacidad de nadar no me sirve de nada; entonces, no puedo nadar”. Esta sería la situación del hombre babélico: no ha olvidado que una vez habló sin saber que hablaba (la lengua única inhabilitaría la conciencia de qué es una lengua); pero habiendo sido forzado a aprender una lengua particular donde pervive la confusión y el tormento, aquella capacidad de hablar-sin-saber-que-hablaba es inútil. Como los afásicos de Freud, dice Heller-Roazen, de quienes no podría decirse que hablan por los restos o residuos que se evidencian en sus hablas. Agamben también retoma esta cuestión de la afasia, pero en Baudelaire, cuando luego de una visita a la iglesia de Saint-Loup es golpeado por la afasia, pudiendo pronunciar tan sólo una imprecación. Así, Agamben sostiene que la afasia se vislumbra como la vía privilegiada para entrar en la Obra, porque siendo la obra la imposibilidad de la obra, la afasia descubre su escondite al ser la imposibilidad de las palabras. Y dice Agamben (1966: 46): “en el vínculo ciego donde se clausura la literatura occidental, la afasia se vuelve un destino; y toda la poesía moderna puede aparecer como un lento camino de acercamiento a la afasia como la mejor de sus salidas”. De este modo, la afasia se presentaría,

por un lado, no sólo como la imposibilidad de hablar sino también como la inutilidad de saber hablar en seres que no han olvidado que hablaron sin saben que hablaban; y por otro lado, como la vía para zanjar una imposibilidad con otra: la de la obra con la de la lengua misma.

La construcción de la torre (que, como dice el relato bíblico del Génesis, se realizó para *darse un nombre*, o como piensa Agamben: para llegar al cielo *a través de la obra*) conduce no sólo a la confusión de las lenguas ni al olvido de la lengua única, sino también a la conciencia del habla, a un saber de lo que no se sabía: a un habla que no olvida que supo hablar sin saber que hablaba. Y en este sentido, con Derrida (1985) sabemos que toda nuestra habla es post-babélica, o sea, que Babel es ya traducción, que de Babel no conservamos más que un nombre, un nombre propio que pertenece sin pertenecer “al borde de la lengua”. De Babel no conservamos más que su borde, lo cual nos habla menos de la confusión que de ese saber olvidado y recordado, como el de nadar de Kafka.

Si sabemos hablar es porque antes aprendimos a nadar, y es Jean-Pierre Brisset quien nos sugiere esta extraña idea. Dice que “hemos comenzado a hablar y vivir desde el agua” (Brisset, 2001: 13), ya que el primer sonido en el silencio del aire fue emitido por las ranas, las primeras en salir del agua para croar-cantar-hablar el primer sonido movidas por su deseo: “el grito de las ranas son el origen del lenguaje humano” sostiene Brisset en *Les origines humaines* (1913: 81). Entonces, por qué no imaginar que antes de Babel ya había un pozo, el pozo de agua donde nadaban los primeros sonidos de nuestra habla; y que si el castigo de la destrucción de la torre implica la abertura de un pozo sin fondo (como afirma Chesterton en su relato) no estaríamos conducidos de este modo tanto al desvarío de la confusión cuanto a la alegría de la natación de los sonidos. La “alegrura” de labios”, nos dicta un poeta: Juan Carlos Bustriazo Ortiz (2008: 48); y Derrida es quien se detiene en esa metonimia del lenguaje que serían los labios. Babel, antes de traducirse por “confusión” quería decir “labios”. Y si Babel es la confusión de labios, también podemos decir que es la multiplicidad de bocas, bocas que en el agua se cierran y en el aire se abren. Como el nadador de Kafka, la boca que se cierra en el agua no olvida que aprendió a hablar, porque no hablar en el en el agua no significa negar el habla. “Nadar es hablar con la respiración”, nos dicta otra poeta: Alicia Genovese (2013: 12). Y en el pozo que en Babel se abre para nadar-hablar, se expone la materialidad de labios musitando sonidos, más acá de un lenguaje, más allá de una lengua: habla, la *desnudez* del habla (como diría Foucault al inicio de “El pensamiento del afuera”)

¿Quién habla de Babel?, es decir: ¿de quién es el relato, desde qué mirada se nos narra ese episodio? Derrida lo sugiere: el relato de Babel es un relato de Dios; digamos –si pudiéramos– que es la perspectiva de ese narrador desde donde se nos cuenta la historia. Y con Perednik (2011: 34) digamos aún más: que el capítulo de Babel “se escribió después de Babel”, vale decir, en lengua de la confusión. Estrictamente de Babel sólo sabemos su nombre; de la supuesta lengua única sólo avistamos su borde. Y del relato, nos quedamos con la traducción post-babélica de Babel, o sea: “confusión”. ¿Pero si nos arriesgáramos a pensar, guiados por Denis (1988: 78) menos en la confusión de lenguas que en la “confusión de corazones”? Con esta idea, Denis nos conduce a pensar en una “transferencia amorosa”, ya que ¿por qué, si no amáramos el habla (*philolalein*, en la etimología que recupera Hamacher), hablaríamos aún después de haber perdido el habla?, ¿cómo no enmudecimos, cómo hablamos si podríamos no hablar?

Octavio Paz (1971: 15) sugiere que quienes se aferran a la presuposición de la intraducibilidad (o sea, los nostálgicos de Babel) es por “un amor inmoderado a la materia verbal”. Reservemos la idea de “amor” (y más aún, de “materia verbal”), pero indagemos el matiz de “inmoderado”: ¿qué implicaría ese exceso?, ¿acaso esa saturación se asemejaría a la desconsideración, se confundiría con la desatención? Pero así como a la torre le corresponde un pozo, hagamos la pregunta inversa: ¿qué implicaría un amor “moderado”: acaso un amor a la materia del habla de manera tal que habilite el juego de la “transferencia amorosa”, ¿un amor que es un hacer, un moderar, un moldear la maleable materia verbal con la que, a pesar de la confusión y la dispersión, aún hablamos sabiendo que hablamos? Un amor moderado se

encuentra con la maleable materia verbal: las manos a(r)man el habla así como construyen la torre o cavan el pozo.

Así como Derrida sugiere que Babel es un acontecimiento ocurrido en una única lengua, al cual no accederíamos más que al borde de su nombre, así quisiéramos pensar que una Babel sube y baja en cada habla poética, como si en cada poeta aconteciera una lengua única y al mismo tiempo confundida, dispersa; como si en cada poeta, singularidad y heterogeneidad se moderaran, se moldearan desde construcciones y destrucciones, desde lo alto y lo profundo, desde el aire y el agua. Como si en cada habla poética pudiera asistirse a la confluencia de lo pre-babélico y lo post-babélico.

Derrida nos despabila: Babel es intraducible, con lo cual toda nuestra habla también lo es. Vale decir, nuestra habla es una “performance babélica” (Derrida, 1985: 7) que pertenece sin pertenecer a una lengua, y que ninguna teorización podría dominar completamente. Lo que sí sabemos es que la situación babélica supone un saber pre-babélico, en el recuerdo de la lengua única cuyo olvido radica en recordarla (o sea: recordamos que olvidamos hablarla); pero también conlleva un saber post-babélico, el que, desde la caída de la torre, “todo el mundo sabe qué es una lengua” (Derrida, 1985: 7). La Babel de cada habla poética condensa su pre y su post-Babel, y su situación privilegiada acaso radique en ese doble vínculo: al olvido de una lengua única y al saber qué es hablar al borde del precipicio de la lengua: el poeta “cae a la lengua” (Ajens, 2008: 52) y nada en el pozo de Babel. De ese sonido acuático nos queda, acaso, la humedad en la boca desde la que hablamos.

“Al hablar siempre hemos comenzado ya a olvidar” (Heller-Roazen, 2008: 225), pero si por ello nos hemos transformado en hablantes amnésicos de las ruinas de Babel, lo confuso radicaría más en el uso de la lengua que en la imposibilidad de hablar: el uso de la lengua del cuerpo, la lengua de la boca, la lengua inmersa en la “danza bucal” (Denis, 1988: 86), la lengua que habla más allá de la lengua que se habla. Como si cada habla poética moviera esa lengua tanto en la singularidad de una lengua única pre-babélica cuanto en la “división indefinida” (Milner, 1980: 30) de las lenguas post-Babel. Como si cada habla poética, *cada vez*, hablara en Babel y de Babel: antes, con una lengua única (la poesía, acaso); después, con una lengua más entre otras lenguas (la poesía, también, acaso).

Si es cierto lo que dice Perednik (2011: 34), que el episodio de Babel ya es babélico, que está escrito ya en una lengua de la confusión y que por lo tanto sólo podemos leerlo tal como nos lo permite nuestra propia “condición babélica”, entonces estaríamos compelidos a ver el pozo en la torre y viceversa. El habla poética se hace en esta ambivalencia, creemos; y eso que diríamos que serían los *rasgos* de la poesía (el extrañamiento del lenguaje, la confluencia de sonido y sentido, la pluralidad de los sentidos, etc.), pensados desde estas reflexiones, serían más bien los rasgos de toda habla: porque hablamos una “lengua impropia” (Perednik, 2011: 43), una lengua que no pertenece a la lengua (Derrida, 1985), donde la confusión es “el elemento inalterable en toda alteración del habla” (Heller-Roazen, 2008: 225).

En este sentido, pensamos que el habla poética resiste a los proyectos anti-babélicos: ya sea al sostener que hablamos con los restos de un lenguaje irrecuperable pero al que deberíamos tender, interrogando “acerca de lo que nos queda de la palabra” (de Certeau 1994: 23); ya sea al emprender el proyecto de una lengua cosmopolita, universal (Denis, 1988: 81). La poesía resiste, pensamos, haciéndose en lenguas singulares, donde se habla y se ama cada sonido. Quisiéramos pensar, pues, cada habla poética en la alegría babélica de una lengua a medio camino entre la lengua única y el idioma particular, siendo una torre que es un pozo, donde la lengua se revitaliza en la vibración de su materia. Desde Babel, el habla poética es menos confusión que *labialización* (Denis, 1988: 87) de las lenguas: la materia del habla se nada con la multiplicidad de labios que se abre en la babel-pozo; y la poesía hace ahí su apuesta mayor: se pone a hablar en el “olvido obstinado” (Heller-Roazen, 2008: 231) de una supuesta lengua única, y en la afirmación flagrante de cada lengua, múltiple, inconclusa.

Los poetas “se van de lengua”, dice Ajens (2008: 64), porque ponen la lengua a hablar más allá del lenguaje, haciendo la “poesía de la lengua misma” (Nancy, 2008: 139). Lo inconcluso de la torre se refleja en lo sin fondo del pozo, y así el habla sabe menos de la

confusión que de la alegría que ese olvido de la lengua única puso en la boca de los hablantes. Todos hablamos esa habla múltiple; y todos hablamos el habla poética cada vez que ponemos “a gozar el sentido en la parte posterior de la garganta” (Ponge, 2000: 26), con la boca abierta en la alegría inconclusa de cada una de las lenguas.

## Referencias

- Agamben, Giorgio (1966) “Il pozzo di Babele” en *Tempo presente*, año XI, nº 11.
- (1983) “*La glossolalie comme problème philosophique*”, in *Discours psychanalytique*, Nº 6, Paris, *Joseph Clims*.
- (2010) “La caccia della lingua” in *Categorie Italiane*. Roma, Laterza.
- Ajens, Andrés. (2008) *El entrevero*. La Paz, Plural Editores.
- Antelo, Raúl (2014) “El futuro fabuloso, la forma formante y el pozo de Babel” en *Cuadernos del CILHA*, a.15 n. 20 – 2014: 95-110.
- Blanco, Alberto (1995) “El pozo de Lebab (o de la traducción como trabajo interior)” *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 42, Article 33. Disponible en <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss42/33>
- Blanchot, Maurice (1970) *El diálogo inconcluso*. Caracas, Monte Avila.
- Brisset, Jean-Pierre (1913) *Les origines humaines*. Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France.
- (2001) *Le Brisset sans peine*. Paris, Éditions Deleatur.
- Bustriazo Ortiz, Juan Carlos (2008) *Herejía bermeja*. Buenos Aires, Ediciones en Danza.
- Deleuze, Gilles (1966) “Alfred Jarry, un precursor desconocido de Heidegger” en *Crítica y clínica*. Barcelona, Anagrama.
- Denis, J-P (1988) “Glossolalie, langue universelle, poésie sonore” in *Langages*, Volumen 23, Número 91. [www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/lgge\\_0458](http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/lgge_0458)
- Derrida, Jacques (1985) “Des Tours de Babel” en *Difference and Translation*, Ithaca and London, Cornell University, Press. Traducción de Jorge Panesi.
- De Certeau, Michel (1994) *La fábula mística. Siglos XVI-XVII*. México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia
- (1996) “Vocal utopias: glossolalias” in *Representations*, Vol O, Issue 56: The New Erudition (Autumn, 1996).
- Genovese, Alicia (2013) *Aguas*. Buenos Aires, Ediciones del Dock.
- Hamacher, Werner (2011) *95 tesis sobre la filología / Para-la filología*. Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Heller-Roazen, Daniel (2008) *Ecolalias. Sobre el olvido de las lenguas*. Buenos Aires, Katz.
- Jakobson, Roman (1977) *Huit questions de poétique*. Paris, Editions du Seuil.
- Meschonnic, Henri (1985) *Les tours de Babel. Essai sur la traduction*. Mauvezin, T.E.R.
- Nancy, Jean-Luc (2008) *Las musas*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Milner, Jean-Claude (1980) *El amor por la lengua*. México, Nueva Imagen.

Paz, O. 1971. *Traducción: literatura y literalidad*. Barcelona, Tusquets.

Perednik, Santiago (2012) “El hombre babélico” en *Ensayos sobre la traducción*. Buenos Aires, Descierto.

Pierssens, Michel (1990) *Savoirs a l'oeuvre. Essais d' épistémocritique*. France, Presses universitaires de Lille.

Ponge, Francis (2000) *El silencio de las cosas*. Colección Poesía y Poética. México, Universidad Iberoamericana.

Pound, Ezra (2000) *El ABC de la Lectura*. Madrid, Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja.

Rozitchner, León (2011) *Materialismo ensoñado*. Buenos Aires, Tinta Limón.

Steiner, George (1995) *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. México, FCE.